

De una parte, tienen la conciencia muy legítima de su inferioridad en la lucha; su único modo de defenderse es la huida, y huyen: esto es simplemente la consecuencia saludable del temor al peligro.

De otra parte, tienen una inteligencia muy limitada, una experiencia casi nula, y no saben distinguir lo peligroso de lo inofensivo; por eso huyen hasta cuando harían mejor en permanecer tranquilos, y esto les es algunas veces muy perjudicial; un carnero puede matarse saltando á un precipicio por huir de un coche, que no le hubiera hecho daño alguno, y cuyo ruido le ha asustado: éste es el verdadero miedo, que nunca puede ser útil y que, generalmente, es nocivo, porque aniquila las facultades de apreciación y de locomoción.

En el hombre, el conocimiento cada vez más completo del mundo exterior, hará desaparecer este miedo estúpido; el movimiento ha comenzado ya hace mucho tiempo; no ha sido ayer cuando se ha dicho: «ayúdate, y el Cielo te ayudará»; proverbio que se puede interpretar en rigor explotando la idea de justicia y diciendo que los dioses serán favorables al que trabaje, pero cuya significación, puramente atea, me parece más verosímil.

CAPITULO XI

LAS ENTIDADES METAFÍSICAS ANTROPOIDEAS

§ 37.—Causa.—Fuerza.—Alma.

Es indiscutible que la invención de los dioses ha desempeñado un papel de primer orden en la evolución de la especie humana; casi me atrevería á decir que ha sucedido lo mismo en las demás especies animales, porque si realmente, como he expuesto más arriba, esta invención ha sido en el hombre el resultado, de una parte, de la conciencia de su experiencia imperfecta de ciertos fenómenos cuyo desenlace no podía prever, y de otra, de su impotencia para conocer las intenciones de los demás animales, es verosímil que el mismo fenómeno, por las mismas razones, haya también ocurrido en los antepasados de los tigres, de los cocodrilos y de las hormigas; pero es probable también que, vista la ausencia de lenguaje articulado (1) (á menos que

(1) Más lejos estudiaremos el papel especialísimo del lenguaje articulado en la evolución de la especie humana.

algunas especies sociales posean, sin que lo sepamos, su equivalente), la noción de estos dioses actores de los fenómenos del mundo ha debido quedar más rudimentaria en los animales mudos; como no tenemos medio alguno de saberlo, es más prudente limitarnos á la especie humana para apreciar las consecuencias del nacimiento de los dioses.

Una de las más inmediatas ha sido el desarrollo de las ideas metafísicas.

La experiencia de los hombres se ha limitado siempre á comprobaciones del orden siguiente:

En tales condiciones ocurre tal cosa.

En otros términos:

En tal conjunto, del que yo conozco tales elementos, sucede tal estado á tal otro precedente; es decir, *resulta* de tal estado precedente. Así, pues, dado que toda mi experiencia, tanto personal como originaria, me ha enseñado el determinismo, deduzco que, si en conjunto idéntico al primero, se producen por segunda vez condiciones idénticas, resultará el mismo fenómeno que la primera vez; he aquí, en buena lógica, á qué se reduce la noción humana de relación de *causa á efecto*: tal estado sucede á tal otro.

Una serie de experiencias análogas permite al hombre saber que entre los elementos humanos de la descripción de un conjunto de cuerpos, tales y cuales elementos pueden modificarse sin

producir cambio apreciable en el resultado obtenido; es, pues, posible no tener en cuenta sino elementos cuyo conocimiento preciso es indispensable á la previsión de los fenómenos; éstos son los elementos reales ó *esenciales* del caso estudiado; los otros son indiferentes.

Una descripción reducida á los elementos esenciales de un fenómeno, se dice que es la descripción de las *causas* de donde resulta el efecto producido.

En realidad, en los fenómenos naturales hay rara vez sencillez (entiendo la sencillez desde el punto de vista de la descripción humana) (1), y es mediante un artificio, tal vez peligroso, como se aísla, en un conjunto de manifestaciones concomitantes, un hecho particular, que no es, sin embargo, independiente de los otros. Así es que si en el conjunto de cuerpos en movimiento interviene un animal, se tiene la costumbre de referir sus desplazamientos y sus deformaciones como si constituyera una unidad indivisible, invariable y libre del mundo que le rodea.

Sucede precisamente que, teniendo el lenguaje humano por objeto la narración de la historia de los hombres, es particularmente *sencillo* cuando se le aplica á animales análogos á los hombres. Sin embargo, si se quisiera analizar científicamente las deformaciones del medio ambiente, no se encontraría en ninguna parte

(1) *Les lois naturelles*.—Las leyes simples.

una complicación análoga á la que se manifiesta en la menor operación animal. Por eso he especificado con razón que hay que hablar de sencillez desde el punto de vista de la descripción humana; fuera de esta acepción, la palabra sencillez no significa nada.

He aquí, pues, por ejemplo, un caballo que hace girar una rueda de molino: ésta es una narración eminentemente sencilla; esta forma individualista del lenguaje nos lleva á decir que es el acto del caballo la causa de la rotación de la muela, y he aquí ya una deformación de nuestra noción de causa precedentemente definida; en realidad, el caballo, sus arneses, sus atalajes, las ruedas, la muela, el suelo, el aire que sirve á la respiración, forman un conjunto completo en el cual cada estado precedente lleva naturalmente á cada estado sucesivo; aparte del mismo caballo, el análisis de este conjunto de cuerpos sólidos, hecho desde el punto de vista del movimiento de rotación, sería relativamente sencillo; por el contrario, los fenómenos de locomoción del caballo, y aún más los fenómenos químicos que los sostienen, desafían á todo análisis, y además lo que llamamos «el caballo» tiene dos momentos diferentes de la operación, *no es el mismo objeto*; ha habido transformaciones en el caballo; ha habido en él transformaciones durante toda su vida, como lo prueban además las diferencias que á cada instante se manifiestan en su manera de obrar; *esto nos es indiferente*; nuestra narra-

ción individualista carece de precisión, puesto que da á cada instante el mismo nombre á un mecanismo cuyas transformaciones son las que producen el movimiento; nos contentamos con esta narración, que contradice el determinismo universal, porque es *cómoda* en las relaciones entre hombres y nos es *familiar*.

Es más: cuando decimos que «el caballo hace girar la muela», está aquí para nosotros la *explicación* del movimiento de la muela. Si queremos, repito, analizar á cada instante el movimiento del conjunto, encontraríamos, de una parte, un conjunto de rodajes brutos, cuya descripción, hecha desde el punto de vista del movimiento (1), sería muy sencilla, y de otra parte, un conjunto de tejidos que forman el caballo vivo, y cuyas variaciones son tales, que su análisis es imposible. Por la intervención de este segundo conjunto, designado con una sola palabra en el lenguaje individualista, nos *explicamos* (!) el movimiento de rotación de la muela.

Éste es evidentemente un lenguaje cómodo para las necesidades diarias; pero el empleo de este lenguaje debiera prohibirse cuando se habla científicamente, puesto que se *sabe* que oculta un error voluntario: la atribución constante de

(1) Entiéndase bien que sólo desde este punto de vista existe la sencillez; el mismo sistema sería susceptible, por ejemplo, de transformaciones químicas muy complejas.

un nombre único á un mecanismo sin cesar variable.

Del empleo de este lenguaje ha nacido la noción metafísica de causa.

¿Cuál es la *causa* del movimiento de la rueda? El caballo.

Hay, pues, cuerpos inmutables (inmutables puesto que la misma palabra caballo se aplica al animal en dos momentos cualesquiera de la operación), en los cuales *existen causas* de movimiento; en otros términos: hay en el mundo *causas* de movimiento.

Y he aquí una entidad creada *que es la base de toda la metafísica*. En realidad sabemos perfectamente que eso no es verdad; á cada instante comprobaremos que un estado de un conjunto de cuerpos sucede á otro estado del mismo conjunto, y si estudiamos un conjunto completo que tenga en sí lo que haya de llegar á ser, tenemos el derecho de decir, sin ninguna hipótesis, que el estado siguiente resulta del anterior; en otros términos: que el estado precedente es la causa del estado siguiente (he dicho más alto como convenía restringir esta definición á los elementos del sistema que son *esenciales* en la deformación considerada). Pero esto es simplemente la afirmación de nuestra observación cotidiana de las transformaciones de movimiento; cuando decimos que un caballo *produce* movimiento, olvidamos voluntariamente los que se producen en el caballo para reemplazarlos por una *causa* estática, por

una fuerza (1). Suprimid esta noción de fuerza, deducida de un lenguaje falso, y no trataréis ya de buscar las *causas primeras* (!) ni de discutir su naturaleza. El hombre no ha hecho sino *observaciones*; no ha visto más que transformaciones de movimiento; jamás ha visto fuerza; la noción de fuerza se desprende únicamente de un lenguaje que no tiene nada de preciso, pero que es cómodo para las relaciones entre los hombres.

Es muy fácil ver que el error individualista (2) ha sido la madre de los dioses, como ha sido la madre de las *fuerzas* ó de las *causas antropomórficas*; si, en efecto, el error individualista fuera muy difícil de cometer cuando se tratase de individuos reales cuyos cambios fueran evidentes, la noción que de ellos se desprendiera podría, por el contrario, aplicarse admirablemente á entidades imaginarias cuya observación directa fuera imposible; por eso los dioses, actores del mundo, fueron inmutables é inmortales, aunque su modelo estaba calcado sobre el de aquellos animales que no *obran* sino modificándose, y que están condenados á morir: los dioses, lo mismo que las fuerzas, son entidades *estáticas* y *activas*, dos cualidades que, refiriéndonos á la observación de las cosas observables, son evidentemente contradictorias.

(1) *Les lois naturelles*, cap. XV. La noción de fuerza en mecánica.

(2) *L'individualité*: Paris. Alcan.

Y puesto que el hombre cambia y muere, una vez que las divinidades han sido creadas definitivamente en su carácter de inmutabilidad, ha sido preciso resignarse á establecer la diferencia entre el modelo variable, el hombre, y la copia imaginaria estática, el dios; entonces se ha salido del aprieto imaginando en el cuerpo del hombre, mecanismo que cambia, una divinidad activa é inmortal: el alma. El alma tenía al hombre primitivo por modelo; pero al pasar por el modelo imaginario Dios ha adquirido una inmortalidad que no tenía el hombre, y ésta es la razón de que éste tenga un cuerpo mortal y un alma inmortal.

El lenguaje individualista, transformado en lenguaje animista, ha llegado á ser por la misma razón de un *rigor* tal que ni la observación ni la experiencia pueden batirle en brecha; porque si se puede argüir variaciones del hombre para combatir el error individualista, no se puede encontrar nada que decir á la afirmación de que hay en él una entidad estática activa que es, á cada instante, la *causa* de todo lo que el hombre hace. Cuanto se puede responder á los animistas es que la observación y la experiencia permiten *referir* los actos de los hombres como una serie de hechos materiales que se encadenan y que, por consiguiente, todo pasa á nuestros ojos como si el alma no existiera; sin embargo, el alma existirá largo tiempo aún en nuestra imaginación antropomórfica, y esto basta.

Comprendemos perfectamente, por lo tanto, cómo el hombre ha poblado el Universo y á sí mismo de entidades estáticas antropoides, las *fuerzas* ó *causas*, las *almas* y los *dioses*. Para hacerlo no ha tenido más que aplicar á la *narración de la actividad universal el lenguaje individualista erróneo, que es tan cómodo en las relaciones entre los hombres*.

Su observación y su experiencia no van nunca hasta estas entidades estáticas; no puede ver sino sus *efectos*, y por consecuencia estas entidades le son *inaccesibles*; constituyen la *metafísica*, ó mejor aún, la *metantropía*. El hombre puede, pues, discutir cuanto quiera sobre la *naturaleza*, sobre la *esencia* de estas entidades; todo esto es pura logomaquia, porque no sabe comprobar sino cosas comprobables y *observar su encadenamiento*; su naturaleza de hombre le prohíbe ó impide cualquier otro conocimiento del mundo.

Pero, en fin, se me dirá: cuando usted ve que alguna cosa se mueve, usted pregunta *por qué*. Es verdad; también los niños preguntan el *por qué*, la explicación de todo. El hombre nace hoy metafísico porque lo han sido sus antepasados y han llamado *explicaciones* á las narraciones hechas en lenguaje individualista; yo soy metafísico porque mis antepasados han sido antropomorfistas, y me han legado un lenguaje que me permite plantearme las preguntas á las cuales ellos han creído responder; cuando yo veo cuerpos en movimiento, puedo sentirme tentado, por

mis instintos hereditarios, á buscar detrás de estos cuerpos alguna cosa que, como dice Leibnitz, «tenga relación con las almas»; pero mi educación científica hace que yo reaccione inmediatamente y que me pregunte el origen de la noción de alma; los razonamientos que acabo de hacer me llevan á convencerme de que esta noción de alma procede del error individualista, y renuncio á sostenerla y al mismo tiempo á proponerme la pregunta.

También advierto que teniendo esta noción de alma, sin duda alguna, un origen biológico, es la biología y no la física la que puede reparar los errores cometidos en su creación; renuncio con cierta tristeza á la *explicación*, porque mis antepasados han creído firmemente que la poseían y me han transmitido la necesidad instintiva de buscarla; sentiré mucho turbar la quietud de los que creen haberla encontrado.

Les diré, además, con toda sinceridad, que no estoy seguro de que su explicación sea mala; han llegado á ella, es verdad, partiendo de un error; pero no es imposible (aunque, sin embargo, poco verosímil) que este punto de partida erróneo les haya conducido á una verdad que tiene al menos la ventaja de no poder, *a posteriori*, ser objeto de ninguna comprobación.

Prefiero por mi parte resignarme á no *explicar* nada; pero esta resignación sería dolorosa para muchos, al menos en nuestra época, y éstos deben estar reconocidos á los iluminados, más ó

menos caprichosos, que han imaginado la única demostración (?) posible del sistema metafísico: la *revelación*.

Tal vez algunas generaciones racionalistas bastarían para hacer desaparecer de la herencia de los hombres esta necesidad metafísica (1); pero sería preciso para ello que el lenguaje fuese también modificado, y yo veo que los creadores de una lengua nueva y que se dice es *lógica*, el *esperanto*, no han pensado sino en traducir, lo más fielmente posible, todos los errores originarios que nos ha transmitido nuestro lenguaje corriente.

Además, al ver el sitio que tiene hoy en la vida de los hombres esta necesidad metafísica, ó sentimiento religioso, se tiene el derecho de preguntarse si su rápida supresión no produciría en el funcionamiento individual ciertas temibles perturbaciones; el hombre es producto del pasado; se sirve á cada instante para la conservación de su vida en el medio ambiente, de todos los instrumentos que tiene á su disposición, y justo es reconocer que algunos de ellos proceden de errores originarios; si estos instru-

(1) Véase más lejos, en el capítulo XIV, la manera con que un hábito hereditario ha producido fatalmente una concepción metafísica; acabamos de ver en el presente capítulo el origen *individualista* de ciertas entidades metafísicas; más lejos veremos cómo la fijación de los *caracteres psíquicos adquiridos* ha dado á estos caracteres el aspecto de algo *absoluto*.

mentos estuvieran aislados, su desaparición no sería peligrosa, pero algunos de ellos están unidos á otros instrumentos indispensables de tal modo, que la ablación de los primeros podría perjudicar, provisionalmente al menos, al funcionamiento de los segundos.

Por eso muchas personas están persuadidas de que la moral, cuya génesis social estudiaremos en seguida, es inseparable del sentimiento religioso, porque sus fórmulas, sus leyes, están redactadas en lenguaje metafísico. Cabe, pues, preguntarse si al tocar al sentimiento religioso no se perjudicará á la moral.

En mi concepto, se modificará la moral y llegará á ser otra; tal vez habrá un período de incertidumbre y de agitación, pero esto será como la convalecencia que sigue á la extirpación de un tumor abdominal: cuanto más antiguo sea el tumor, más habrá influido en la coordinación general y mayores serán, por consecuencia, las perturbaciones que produzca su extirpación; pero la convalecencia tendrá un fin; se producirá un nuevo estado de equilibrio; una nueva coordinación diferente de la antigua y desembarazada en todo caso del peligro creciente que constituía la presencia del tumor.

En este momento de la historia del espíritu humano, el desarrollo de la educación científica demuestra á un número creciente de individuos lo mal fundado de las creencias teológicas; muchos ignorantes, á los cuales se enseña la incre-

dulidad, comienzan á soportar mal «que se quiera abusar de su ignorancia para engañarles»; es, pues, de temer que queriendo desembarazarse de los errores, renuncien al mismo tiempo á necesidades de la organización social, porque las confundirán con mandatos de la Iglesia.

Lo mismo, pues, que para la ablación de un tumor es preferible dirigirse á un hábil cirujano, es de desear también que los filósofos consagren toda su actividad á quitar á la moral su color religioso. Si se deja hacer la operación á las muchedumbres ignorantes, es probable que á un tiempo quiten el color y el pedazo; es preciso que los hombres más instruidos preparen para sus congéneres una moral independiente que nada tenga que temer del derrumbamiento de los dogmas.
